Capitulo 7

La primera regla para andar en transporte público muy de noche es pegarse al conductor, así que me aseguré un buen lugar adelante, sobre uno de los largos asientos corridos que daban hacia adentro. Se supone que están reservados para personas con discapacidades, mujeres embarazadas y ancianos, pero como la mujer con el paraguas ya se había apropiado del asiento contiguo, del otro lado de mi tubo de pasamanos, no me preocupé demasiado. Me metí el portfolio detrás de las pantorrillas mientras recorría rápidamente con la vista el resto del autobús para identificar cualquier otro riesgo. Para mi gran alivio, no se veía al predicador borracho por ninguna parte.

Pero sí a otra persona.

Las puertas del autobús se cerraron con un chirrido, y el chico guapo se dejó caer en el asiento que estaba frente al mío, del otro lado del pasillo, y colocó su mochila sobre el suelo entre sus pies. Soltó un resoplido dramático y se

acomodó en el asiento antes de dar un respingo, fingiendo sorpresa al verme.

–Ah, eres tú otra vez.

–Por lo que parece, tu target anda por mi barrio. Espero que no estés planeando asaltar mi casa. No tenemos joyas, señor ladrón.

–"Jack el ladrón" suena bien. Tal vez debería considerar seriamente esta profesión.

Jack. ¿Era ese su verdadero nombre? Bajo el brillo feroz de las luces fluorescentes del autobús, sombras profundas marcaban los surcos de sus mejillas y la hendidura debajo de su labio inferior. La manera de ocultar burlonamente su sonrisa le daba un aire temerario.

–Conocías a Will, el tipo sin techo –dije, entrando en modo Sherlock Holmes al tiempo que el autobús se alejaba ruidosamente del cordón de la acera–. Eso significa que vives cerca de Parnassus o que tienes una conexión con el hospital o con el campus.

–Te haré el favor de eliminar una de las dos opciones –observó–. No vivo aquí.

–Hmm. Pues no estás cursando la carrera de Medicina.

–Yo no emitiría juicios apresurados. Algunos ladrones de joyas podrían tener habilidades quirúrgicas.

–Pero hiciste ese comentario sobre las "chicas mayores", lo cual quiere decir que estás en la escuela secundaria, como yo...

–¿Como tú? ¡Ajá! –dijo alegremente–. A propósito, este otoño paso al último año.

–Yo también –admití–. Así que si no estás tomando clases en Parnassus, supongo que conoces a alguien que cursa aquí o

trabaja en el hospital. O es posible que hayas venido a visitar a alguien en el hospital.

–Bonita lógica, chica triste. Espera. Yo no era el único que conocía a Will. Dijo que tu madre le dio la cena, así que conoce a tu mamá. Y como ahora estás preocupada porque vaya a cometer un hurto en tu casa...

–¿Un *hurto*? No creo que esa sea la palabra exacta.

–Claro que lo es. Después de todo, soy un ladrón, ¿recuerdas? –dijo y levantó una mano enguantada–. De cualquier modo, tú y tu mamá podrán conocer a Will, pero tampoco viven cerca del hospital. ¿Están en Inner Sunset o en Outer Sunset?

–Sí –dije, evitando una respuesta real.

–Nunca me dijiste por qué te reunirías con la directora de Anatomía que no apareció. ¿Estás intentando obtener una pasantía o...? –dijo, probando una nueva estrategia, sin mostrarse afectado en lo más mínimo.

–No, solo intentaba obtener permiso para dibujar sus cadáveres.

–¿Te refieres a cuerpos muertos? –preguntó, entrecerrando uno de los ojos.

–Cuerpos donados con fines científicos. Quiero ser ilustradora médica.

–¿Cómo los dibujos para los manuales?

–Y para las compañías farmacéuticas, la investigación médica, los laboratorios... –asentí–. Es supercompetitivo. Solo hay cinco maestrías acreditadas y, para entrar en una de ellas, cualquier ventaja viene bien. Un par de museos locales están patrocinando en forma conjunta un concurso estudiantil de

dibujo a fines de julio, y quiero ganarlo. Hay dinero asignado para una beca y, si gano, se vería bien en la solicitud para la universidad.

–¿Y dibujar cadáveres te ayudará a ganar?

–Dibujar cadáveres *disecados* me ayudará a ganar.

El chico puso una cara rara.

–Da Vinci dibujaba cadáveres –dije, usando el mismo argumento que no logró conseguir el apoyo de mamá cuando anuncié mi intención de seguir los pasos del pintor italiano–. Y también Miguel Ángel. Los paneles de la Capilla Sixtina se ven repletos de diseños anatómicos que están escondidos. Si miras bien la mortaja que se encuentra detrás de Dios en *La creación de Adán* –ya sabes, aquella en la que Dios extiende el brazo para tocarle el dedo a Adán–, la mortaja es, en realidad, un diagrama del cerebro humano.

–Guau. No estabas bromeando con lo de la rana, ¿no?

–No –me rasqué la parte de atrás de la cabeza; las horquillas que me sujetaban la maraña de trenzas encima de la nuca me estaban provocando una picazón–. Lo único que quiero es dibujar cadáveres fuera del horario de clases. No molestaría a nadie ni interferiría con el trabajo de nadie. Pero ahora debo volver el miércoles antes de su clase. Si tengo suerte, esta vez sí aparecerá –¿hablaba demasiado? No estaba segura, pero no podía parar. Cuando estoy nerviosa, me pongo verborrágica–. Por lo menos, la próxima vez no arriesgaré la vida en el Owl hablando con chicos desconocidos.

–Vale la pena correr el riesgo para sentirse vivo.

–Sentirse vivo es solo una descarga de adrenalina.

Él soltó una risita y luego me estudió durante un momento.

–Eres una chica interesante.

–Dicho por Jack, el ladrón de joyas budista y vegetariano.

Su sonrisa lánguida resultaba increíblemente peligrosa.

¿Saben? Siempre creí que era bastante buena seduciendo, que eran los chicos a los que yo seducía quienes no eran buenos dejándose seducir. Pero Jack era un sujeto de seducción extraordinario, y esa noche mi juego estaba que ardía. Su mirada se paseó rápidamente sobre mis piernas cruzadas... específicamente, sobre los pocos centímetros de rodilla desnuda que asomaban entre mi falda y mis botas.

Maldición. Definitivamente me estaba examinando. ¿Qué debía hacer? Aquí planeta Tierra llamando a Beatrix: ese era el autobús nocturno, no una canción de Journey. Acá no había dos desconocidos que tomaban el tren de la medianoche a cualquier lugar. Yo iba a casa, y él probablemente iba a asaltar una tienda de bebidas alcohólicas.

En cuestión de idilios románticos, a veces estaba convencida de que me habían echado una maldición encima. No me malinterpreten: no soy el tipo de chica que anda diciendo: "Ay de mí, soy tan fea que los chicos ni siquiera me miran". Los chicos me miraban (como ahora). Algunos incluso me miraban fijo (en serio, como ahora *mismo*). Era solo que, cuando me conocían de verdad –o veían mis extrañas ilustraciones médicas–, las cosas se iban al diablo.

Era demasiado excéntrica para los chicos clásicos y no lo suficiente para los modernos. No era ni freak ni geek, y eso me dejaba sola en tierra de nadie. No tenía problema con ser una marciana –en serio, no me importaba, incluso cuando el invierno pasado alguien garabateó "Morticia Adams"

en mi locker con un marcador indeleble. Quiero decir, en primer lugar, aunque podría considerarse que compartimos de algún modo el apellido, el de Morticia se escribe con dos *d*, y dudo de que quien fuera que me haya pintarrajeado el locker haya tenido la capacidad mental para darse cuenta de la diferencia, pero da igual. Y en segundo lugar, en realidad me parezco más a la hija de los Addams, Merlina –esa chica flemática que decapita muñecas–, que a Morticia, principalmente debido a mi pelo. Siempre me lo trenzo, y conozco mil y un estilos estrambóticos, desde los rodetes de la princesa Leia, pasando por la clásica trenza suiza, hasta la trenza de diosa griega, o la obra de arte de esa noche: la princesa medieval moderna.

Pero lo gracioso es que realmente me gustan *Los locos Addams*, así que quienquiera que me haya bautizado con ese apodo no hirió mis sentimientos. Por lo pronto, no me quitó el sueño para nada. Y tampoco es que sea una inadaptada social. Tengo un par de amigas (y cuando digo "un par" quiero decir exactamente dos, Lauren y Kayla, que estaban pasando el verano en una zona más cálida del estado). Y he tenido un par de novios (y cuando digo "un par" quiero decir que salí con Howard Hooper dos meses y con Dylan Norton dos horas, durante una fiesta antigraduación en el sótano de Lauren).

Así que puede ser. No tenía la agenda precisamente atiborrada de compromisos y jamás me podía poner vestidos negros en el colegio sin que la gente se riera de mí a mis espaldas y me preguntara dónde estaba Homero. Pero pensé que podía librarme de todo ello en la universidad, donde

me reinventaría como una estudiante sofisticada de arte, rebosante de chispa y de una alegría de vivir aún no explotada. Empezaría mis diálogos con incontables observaciones sobre la piel y los huesos, cautivando el corazón de algún pícaro profesor (que casi siempre tenía acento británico y también era un exnadador entrenado para las Olimpíadas, pero solo por el cuerpo), y nos escaparíamos juntos a alguna isla tropical y fabulosa del Mediterráneo, donde me transformaría en la ilustradora médica más famosa del mundo.

En esta fantasía, yo siempre era mayor y más ocurrente, y siempre había sol. Pero aquí estaba, en una noche fría y brumosa, sentada en un autobús Owl sintiendo... no sé. Sintiendo como si tal vez no necesitara esperar hasta el último año para alcanzar alguna isla de fantasía cuando terminara la escuela secundaria. Quizás podía seducir a un chico peligrosamente guapo en un autobús ahora mismo.

Él levantó la vista y se encontró con la mía. Y nos quedamos mirándonos.

Y mirándonos.

Y mirándonos...

Un extraño calor se despertó en mi pecho y se extendió sobre mi piel. Debió ser contagioso, porque dos manchas rosadas le tiñeron las mejillas, y jamás había visto a un chico como él sonrojarse. No sabía lo que sucedía entre nosotros, pero de verdad no me hubiera sorprendido si de pronto el Owl se hubiera prendido fuego, salido de la carretera y estallado en un infierno de llamas.

Las paradas de autobús llegaron y se fueron, pero no dejamos de mirarnos. Mi yo más adulto e ingenioso estaba a un

segundo de abalanzarse al otro lado del pasillo y de arrojarse sobre él, pero mi verdadero yo era demasiado sensato. Por fin, él rompió el silencio.

–¿Cómo te llamas? –preguntó con una voz suave y desesperada.

La mujer con el paraguas emitió un sonido gutural. Me miró frunciendo el ceño con desaprobación en un gesto que habría hecho palidecer a mi madre. ¿Nos habría estado observando durante todo ese tiempo?

–Maldición –Jack jaló de la cuerda amarilla que colgaba delante de la ventana para indicar su parada y se inclinó sobre su mochila. Irving y Ninth. Una parada clásica. La mía todavía estaba a unas manzanas más allá, lo cual quería decir una sola cosa: mi fantasía nocturna sobre el autobús tocaba a su fin. ¿Qué debía hacer? ¿Pasar por alto la advertencia de la señora del paraguas y darle mi nombre?

¿Y si no lo volvía a ver en mi vida?

El autobús se detuvo bruscamente. La mochila de Jack se inclinó hacia un lado. Un objeto salió rodando de un hueco en el cierre y golpeó contra la punta de mis botas.

Una bonita lata de pintura en aerosol, con una tapa de metal dorado. La levanté e hice una pausa. Por la manera en que se puso tenso y apretó la mandíbula hacia un costado, fue como si hubiera tenido un letrero luminoso encima de la cabeza que anunciara **¡NERVIOSO! ¡NERVIOSO!**

Le extendí la pintura en aerosol. Metió la lata en la mochila y se la arrojó hacia atrás sobre un hombro.

–Suerte con tus dibujos de cadáveres.

Mi respuesta se perdió en el indicador electrónico de

titulares recientes que se desplazaban dentro de mi cabeza. Lo único que logré fue mirar en silencio su larga silueta que se escabullía entre las sombras, al tiempo que la puerta se cerraba y el autobús se alejaba de la acera.

Ya sabía quién era.